



BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

ESTE BOLETIN ESTÁ DEDICADO Á LA CIRCULACION DE LAS COMUNICACIONES OFICIALES DEL ARZOBISPADO Y DEMAS QUE CONVENGA AL INTERÉS DEL CLERO.

EL DOGMA DE LA RESURRECCION DE JESUCRISTO.

Con demostraciones de júbilo y entusiasmo, y testimonios inequívocos de la mas pura alegría, publican cielo y tierra, y la Iglesia celebra desde este dia, que Jesucristo resucitó, y despues de su muerte salió triunfante del Sepulcro. Este misterio augusto y sublime es la prueba invencible de todos los demas misterios, el fundamento de nuestra religion, la prenda segura de nuestra felicidad, la base de nuestra fé y el áncora de nuestra esperanza. Todo el Cristianismo estriba sobre esta verdad de fé: J. C. resucitó al tercer dia de entre los muertos. La impiedad, con su natural insensatez, niega locamente este dogma sacrosanto. En vano hieren sus ojos los rayos de la evidencia; en vano la historia opone un dique insuperable al torrente de sus blasfemias; en vano la autoridad viva de los monumentos la confunde. Empero, los sistemas de la impiedad, asi como los delirios del error, y los fátuos cálculos de los enemigos de nuestra religion vienen á estrellarse en este misterio. Los Padres del Concilio general Constantinopolitano I á las últimas palabras del artículo quinto del Símbolo de los Apóstoles, que dice, *tertia die resurrexit à mortuis*, añadieron estas otras

secundum Scripturas. En verdad ¿qué de luces no derramó Dios en las Escrituras para disponer al pueblo bendito y de eleccion á la creencia de este pasmoso acontecimiento?...

Consultemos los libros Santos. El Leon de Judá (*Gen. 49. v. 9. Joan. 10. v. 18.*), que se duerme y despierta de suyo y cuando quiere ¿no denotaba admirablemente á aquel que ha podido dar su vida y volverla á tomar á su arbitrio? Isaac, aquel hijo de bendicion, que sobrevivió á su sacrificio, y que despues de haber tenido todo el mérito de una muerte misteriosa, vino á ser el tronco de una familia tan numerosa como las estrellas del cielo (*Gen. 15. v. 5.*), y de todo el pueblo de los creyentes, ¿no nos figuraba á Jesucristo resucitado? El grano arrojado en la tierra (*Joan. 12. v. 24. S. Aug. sup. hunc loc.*) que muere para revivir, y que halla en la misma muerte el principio de la fecundidad mas abundante; y Jonás, sepultado tres dias en el vientre del monstruo marino (*Jonæ 2. v. 7. y 11. v. 14.*), y que sale vivo de ella para predicar penitencia á Nínive, ¿no son la figura mas espresiva de J. C. muerto, sepultado y resucitado al tercero dia, y que despues instruye á sus discípulos en las maravillas del Reino de Dios, y les envía á convertir todo el universo? ¿No predijo David que Dios no permitiría que su Santo viese la corrupcion, ni que dejase su alma en el infierno (*Ps. 15. v. 10.*), cuya profecía debe entenderse de J. C., segun la reflexion del Príncipe de los Apóstoles, referida en el capítulo segundó de los Hechos Apostólicos? ¿Ni cómo se pudieran concordar los caractéres del Mesías, que nos pintan los Profetas, sin su Resurreccion gloriosa? ¿Cómo se ha de componer lo que han dicho de sus humillaciones y su gloria? En su vida mortal es un arbusto que apenas sale de una tierra seca (*Is. 53.*), y en la gloria de su Resurreccion es aquel árbol grande, cuya sombra y proteccion hacen la esperanza de todas las naciones. En aquella es herido y humillado; en esta se le reconoce por Rey de la gloria. Con razon el Divino Salvador á los discípulos que iban al Castillo de Emaus, y dudaban de su resurreccion los llamaba necios, y tardos de corazon para creer lo que los Profetas habian escrito de él (*Luc. 24. v. 25.*), y á fin de conven- cerles de esta maravilla, empezando por Moisés, y siguiendo

despues todos los Profetas, les esplica lo que se habia dicho de él en todas las Escrituras del Antiguo Testamento.

No son menos decisivos los testimonios del Nuevo cerca de la Resurreccion del Salvador. Una de las primeras instrucciones que el Divino Maestro dió á sus discípulos declara espresamente, que habia de resucitar tres dias despues de su muerte; y aun se aplica á probarles la necesidad de esta resurreccion (*Math. 16. v. 21.*). Nosotros, les dice en otra ocasion, segun refiere San Lucas (*c. 18. v. 31.*), subimos á Jerusalem, y allí se van á consumir todas las cosas que están escritas por los Profetas del hijo del hombre. (*Math. 20. v. 18.*) Espirará en la ignominia del patibulo, á la violencia de la muerte mas cruel; pero él resucitará al tercero dia. Esta generacion perversa é incrédula pide milagros para adherirse á mí y seguirme, pero no se le dará, ni será otro que el de mi Resurreccion, figurada en la salida de Jonás del vientre de la ballena, despues de tres dias. Asi se esplicó Jesus, hablando de los judios (*Joan. c. 2. v. 19. Math. c. 12.*). Deshaced este templo de mi cuerpo, les decia tambien, que yo le reedificaré en tres dias. En la noche grande de la cena dijo á sus Apóstoles, despues de haberles hablado acerca de su pasion, como refiere San Marcos (*c. 14. v. 28.*). Luego que yo hubiere resucitado iré antes que vosotros á Galilea. En fin, si Jesus dá vista al ciego de nacimiento, si cura al leproso, si se transfigura en el Tabor, si multiplica el pan en el desierto para alimentar las turbas, ejecuta con tal precaucion todas estas maravillas, que impone á sus discípulos el mas rigoroso silencio hasta que haya resucitado.

A fin de convencer aun mas claramente á sus discípulos de la verdad de su resurreccion, y ponerles en estado de convencer á otros, apenas resucitó cuando se apareció á María Magdalena (*Marc. 16. v. 9.*), á las mugeres Santas (*Math. 28. v. 9.*), á los discípulos que iban á Emaus (*Luc. 24. v. 13.*), á Simon Pedro (*ibid. v. 34.*), á los once Apóstoles y á los que estaban con ellos (*Marc. 16. v. 14.*), y en fin, en una sola vez á mas de quinientos discípulos (*Luc. 24. v. 36.*).

Esto hizo J. C. para manifestar á sus Apóstoles que verdaderamente habia resucitado. Por eso se les apareció, no durante

las tinieblas de la noche, en que la imaginacion ofuscada suele personificar los fantasmas, sino de dia claro, esparciendo rayos de luz, mas refulgente que el astro de la mañana. La aparicion es en los sitios mas públicos, y en diferentes lugares: en el huerto donde estaba el Sepulcro; en el camino de Emaus, en el Cenáculo, á las orillas del Lago de Genezaret y sobre una montaña de Galilea. Se aparece, no de un modo rápido y fugaz, que no deja vestigio alguno. Su resurreccion no fué aparente, como la de los huesos áridos reanimados á la voz de Ezequiel en el campo de Sanaar (*Ezeq. c. 37.*); no dudosa como la de Samuel á la Pitonisa de Eudom, por mandato de Saul; no para volver á morir, como el hijo de la viuda de Naim, Lázaro, y la hija del Archisinagogo Jairo. La resurreccion de Jesucristo fué real, constante, verdadera. Por espacio de cuarenta dias habló con sus discípulos, comió en su compañía, se dejó palpar de ellos, y les mostró las cicatrices de sus llagas, señales sagradas de nuestra redencion.

Desde entonces no dudaron mas los Apóstoles que su Divino Maestro real y verdaderamente habia resucitado. Con el mayor esfuerzo, dice San Lucas (*Actor. 4. v. 33.*), daban testimonio de la resurreccion de J. C. Cuando tratan de la eleccion de un digno cooperador de su ministerio en lugar de Judas prevaricador, la cabeza del Colegio apostólico no dá otra razon sino que era necesario un nuevo testigo de la resurreccion (*Actor. cap. 1.*). Este misterio soberano fué el asunto principal de la predicacion de San Pedro en el templo de Jerusalem. «Habeis »dado la muerte, dice, (*ib. 3. v. 13.*) al autor de la vida; pero »Dios le ha resucitado, y así lo certificamos nosotros.» La misma doctrina inculcó á Cornelio delante de una numerosa plebe, (*ib. 10. v. 40.*) y en su primera carta á los judios recién convertidos, y dispersos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Bithinia y otras regiones del Asia menor. (*S. Pet. c. 1. v. 3.*) Leyendo los escritos del Doctor de las Naciones vemos que el fundamento de su doctrina y de su mision es el gran misterio de la resurreccion de J. C. Escribiendo á Timoteo le dice que se acuerde que J. C. resucitó de entre los muertos (*Ep. 2.^a ad Timoth. c. 2. v. 8.*). A los de Corinto decia (*1.^a c. 13. v. 4.*): Yo os

anuncio mi evangelio, que contiene las dos verdades mas importantes, á saber, que J. C. murió por nuestros pecados, y resucitó al tercero dia, según las Escrituras. En el capítulo quinto de la misma carta escribía: «Si no es cierta la resurrección de J. C., es vana vuestra fé, pues que vuestros pecados aun no están perdonados. Mas no dudeis, hermanos míos, que J. C. ha resucitado de entre los muertos, y ha venido á ser las primicias de los que duermen.» En fin, si Jerusalem, Atenas, Efeso, Antioquía, Alejandría, la Grecia, la Sicilia, España y otras regiones ven desde la predicacion del Evangelio adoradores de Cristo, es porque los Apóstoles predicaron en ellas la resurrección gloriosa de Jesus.

A unas pruebas tan sólidas y convincentes de este dogma sacrosanto ¿qué tienen que oponer los incrédulos, los impíos y libertinos? ¡Oh! Los ciegan la ignorancia y la malicia, apelando á los tristes recursos que les suministran los judíos: Empero, el odio del fariseísmo y saduceísmo, la incredulidad de Tomás, y cuanto intentaron los pérfidos judíos, se convierte contra ellos, y son otros tantos testimonios de la resurrección, que se atreven á negar. Díganos si no de qué sirvieron cuantas precauciones se adoptaron para custodiar en el Sepulcro el cadáver de nuestro Redentor. Acérquense al monumento nuevo en que lo pusieron. ¿Qué ven, qué registran allí?... El Sepulcro abierto, la tumba vacía, los guardas puestos en fuga, los ángeles que se aparecen adornados con candidas vestiduras... ¿Qué dicen á todo esto?... ¿Qué? Delirios, necedad, locura. Lo han robado. Esto dicen. La Sinagoga, como prueba San Justino en su Diálogo con Trifon, hizo circular esta patraña. Pero ¿quién le robó? Los discípulos, responden. ¿Los discípulos? Los discípulos, que pocas horas antes habían huido cobardemente? ¿Que no se atrevían ni aun á dejarse ver de los enemigos de su Maestro? ¿Unos hombres tan tímidos, que los dispersa el miedo, y que uno de ellos no tuvo reparo en negarle hasta tres veces solo á la voz de una muger?... Aquellos, que aturdidos con la muerte de su Maestro no sabían qué pensar de él y de sus promesas, y ni aun pueden ocultar en este punto sus temores é incertidumbres ¿habían de trasformarse de repente en hombres in-

trépidos, arrostrar los peligros durante las tinieblas de la noche, embestir y dispersar á los soldados romanos? Y si estos sufrieron semejante violencia ¿qué hicieron entonces los centinelas? Estaban dormidos, contestan. Por ventura ¿tan descuidados eran que no hubiese algunos vigilantes? Y si fué así ¿cómo saben lo que pasaba durante su profundo sueño? ¡Qué obcecacion, qué demencia, qué estravagancia! Se engañó á sí misma la iniquidad. Necios se han hecho los Príncipes Thamneos, desfallecieron ya los de Memphis para engañar á Egipto en sus insipientes consejos, dice Isaiás (*cap. 19.*). Cumplióse el vaticinio de David: meditaron unos consejos que no pudieron establecer (*Ps. 20.*). Es preciso afirmar con San Agustin que el inventor de esta fábula estuviese mas dormido que los mismos testigos que produce.

Crean, por tanto, los impíos este misterio, que llama San Ambrosio (*Lib. de Jose c. 15.*) el primero y mas grande fundamento de nuestra fé, y escede á los demas de J. C. en gloria y esplendor, como el sol á las estrellas, segun el símil del Nacianceno (*Orat. in Pasch.*). Presten á esta verdad el homenaje debido de reconocimiento y amor: no vacilen: venzan ese falso rubor, que retiene acaso cautiva la verdad. En medio de un mundo impío es donde debe haber valor para no serlo. Estén prevenidos como los católicos para evitar las seducciones de una vana falacia. Enmudezcan los labios mentirosos, que hablaron contra el justo iniquidad con mentira y abusion (*Ps. 30. v. 19.*). Digan todos los fieles hijos de la Iglesia con el entusiasmo del Rey Profeta: mi corazon y mi carne se alegran en Dios vivo, que verdaderamente resucitó de entre los muertos.

LA SEMANA SANTA EN LA CATEDRAL DE TOLEDO.

A pesar del tiempo frio y húmedo que se ha experimentado en la semana que hoy termina, las funciones religiosas de la S. I. P. han sido no menos concurridas que en años anteriores. Desde el principio de ella advertíase afluencia de forasteros, muchos de ellos procedentes de la Villa y Corte de Madrid. La concurrencia ha sido mas notable en los dias de miércoles, jueves y viernes Santo. Estamos persuadidos que no ha sido

una vana curiosidad lo que ha estimulado al pueblo fiel á concurrir al grandioso templo toledano, singular por su clase, notable por su elegancia, admirable por su belleza. Los inefables misterios que en él se nos representan durante la semana llamada justamente por los Griegos y Latinos hebdomada mayor, Semana Santa, y á veces Semana penosa de Cruz, afliccion y austeridad, habrán sido el móvil principal de esta concurrencia. En estas solemnidades la S. I. P. ha desplegado la pompa, suntuosidad y magnificencia con que acostumbra á celebrarlas, á pesar de la penuria y privaciones que experimenta.

El Domingo de Ramos celebró la entrada triunfante de nuestro Redentor Divino en Jerusalem, cinco días antes de su Crucifixion, repitiendo este vaticinio del Profeta Zacarías (*Cap. 9.*): «Alégrate mucho hija de Sion, salta de alegría, hija de Jerusalem, mira tu Rey que viene á tí, el Justo, el Salvador» y como el antiguo pueblo le dirigia alegres exclamaciones diciendo: «Hosanna, Hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor: Hosanna en las alturas.»

El Jueves Santo, en que se hace conmemoracion de la última cena con la institucion del sacramento de la Eucaristía, nuestro Emmo. y Rmo. Sr. Cardenal Arzobispo lavó los pies de doce pobres, renovando la memoria del Lavatorio de J. C. á sus Apóstoles; en seguida celebrando de Pontifical consagró los Santos Óleos, y repartió al Clero Catedral el pan Eucarístico, con grande edificacion de los que contemplaban actos tan solemnes y religiosos. Terminada la celebracion de los Oficios Divinos S. Emeia. llevó al Señor Sacramentado en solemne procesion y le depositó en el Monumento hasta el día siguiente, que en la misma forma le condujo al Altar mayor, donde se celebró la Misa llamada de los *Presantificados Misterios*.

El Oficio de Tinieblas, especie de exequias fúnebres que la Iglesia por espacio de tres días hace á su Divino Esposo, se han celebrado con pausa y magestad. El hermoso candelabro triangular, colocado en medio del Coro, lucía con sus quince velas; que sucesivamente fueron apagadas una al terminar cada Salmo de los que se cantan en Maitines y Laudes. Las Lamentaciones del Profeta del dolor y los Misereres se cantaron á toda orquesta por la capilla música.

El grandioso Monumento de esta Santa Iglesia ha sido, es y será la admiracion de los que le han visitado. A pesar de lo que digan los que no saben sino poner faltas en todo, la obra de D. Ignacio Haam immortalizará su nombre y el de D. Eugenio Aleman, que cooperó á realizar el pensamiento de tan grande artista. La Hostia Sacrosanta, depositada en la preciosa urna, labrada con maestría por D. José Folch, recibía las adoraciones de los fieles, colocada dentro del tabernáculo. Las cuatro estatuas, que representan los guardas del Santo Sepulcro, obra del escultor Alari; y los dos ángeles respetuosamente prosternados en medio de la gradería, y los que con los atributos de la Pasion en sus manos adornan

la cúpula del tabernáculo, hechos por el inteligente Salvatierra, manifestarán siempre que en España se han cultivado las artes hasta en su mayor perfeccion. El mejor y mas precioso adorno del Monumento, que es su pabellon y colgadura, campeaban y sobresalian, decorándole primorosamente; y la Santa Cruz, símbolo de nuestra redencion, ostentábase magestuosa iluminada con doscientas veinte y dos luces.

Nos prolongaríamos demasiado si hubiésemos de referir otros pormenores de estas funciones sagradas, mas no debemos omitir que ha sido notable el recato, compostura y religiosidad de cuantos hemos concurrido á celebrarlas.

Nuestro Emmo. Prelado bendecirá mañana con solemne bendicion papal á este pueblo religioso, concediéndole en virtud de Breve apostólico indulgencia plenaria al concluir su Misa Pontifical.

CULTOS RELIGIOSOS.

La V. O. T. de Siervos de María, en cumplimiento de su instituto, hará la Coronacion de Nuestra Señora á las cuatro de la tarde de hoy en la parroquial de S. Juan Bautista, predicando el Sr. Canónigo Doctoral.

Mañana, domingo tercero de mes, celebrará en la misma parroquial los ejercicios espirituales acostumbrados, siendo el orador el Beneficiado del coro catedral D. Cayetano Muñoz.

El lunes de Pascua predicará por la mañana en la S. I. C. el señor Magistral, y en la parroquial de Santiago del Arrabal el Sr. Doctoral.

El mismo dia la cofradía del Santo Angel de la Guarda, hará su funcion anual á las diez de la mañana en la Ermita, y predicará el Dr. D. Antonio Carrera.

Tambien en el segundo dia de Pascua se dará principio á la novena de Nuestra Señora de la Salud en la parroquia de Santa Leocadia á las cinco de la tarde. Los oradores encargados de preconizar los misterios de la Santísima Virgen son los siguientes: Dia 21 D. Antonio Caballero. El 22 es la fiesta principal á las diez de su mañana, y predicará el señor Capellan Mayor de Muzárabes. Por la tarde á las cuatro y media se hará la procesion solemne acostumbrada con la imagen de Nuestra Señora. El 23, 26 y 29 el referido Sr. Doctoral. El 24 D. Cayetano Muñoz. El 25 D. Miguel Galvez. El 27 el Sr. Cura de S. Juan Bautista. Y el 28 el Sr. Magistral de la S. I. P.

EDITOR, JOSÉ DE CEA.